



2014/13

A TODA LA COMPAÑÍA

Queridos Hermanos:

El conjunto de las cartas *ex officio 2014*, que agradezco a cada uno de los remitentes, pone de manifiesto la conexión del tema propuesto de la **reconciliación y el trabajo por la paz**, con nuestra espiritualidad ignaciana. Su rico contenido ha sido ocasión de interesantes sesiones de reflexión con mis consejeros. Al tratar de recoger tanta información, mi respuesta es inevitablemente extensa. Confío que sus diversos apartados puedan ser leídos, orados y trabajados individual y comunitariamente y, en consecuencia, sacar algún provecho apostólico.

I – Diagnóstico

Todos somos conscientes de la falta de paz, de la multiplicidad de los conflictos existentes y también de la diversidad de su naturaleza, de sus causas y de sus repercusiones. **La humanidad está bajo la permanente tentación de seguir usando la fuerza y la violencia para imponer sus deseos, al tiempo que mantiene vivo el sueño de alcanzar una sociedad que respete la justicia y que conviva en paz.** A la hora de describir en qué consiste esa carencia de paz la descripción se hace muy densa: enfrentamientos, tensiones y heridas históricas, sociales, religiosas, étnicas, políticas, etc.; una cruda realidad que nos ha de interpelar, como jesuitas, sobre cómo restaurar el vínculo filial de la humanidad con su fuente de Vida para así salirnos del círculo de la violencia.

Es claro que el diagnóstico que nos presentan las cartas recibidas es una llamada a la que muchos jesuitas y Provincias están respondiendo con creatividad y también variedad, dadas las enormes diferencias de contextos y culturas en que emergen los conflictos. Por ello seguimos pensando que la Congregación General 35 acertó plenamente cuando propuso la **reconciliación** y el *tender puentes* como modos actuales de profundizar en nuestra misión.

Usando el mismo lenguaje de la reconciliación, San Pablo la describe como la obra cumbre de Cristo en la cruz (2 Cor 5,15-20), que nosotros, sus apóstoles, tenemos que llevar adelante: “*todo es obra de Dios, que nos reconcilió consigo, por medio del Mesías y nos encomendó el ministerio de la reconciliación*”. Si nos permitimos un pequeño análisis de lo que ha hecho Jesús en el horizonte de la reconciliación descubrimos los siguientes elementos: **Perdón – Curación – Capacitación y Misión.** Por lo que dicen las cartas *ex officio*, estos parecen ser los elementos más significativos y necesarios hoy día en las plurales situaciones donde se requiere la **reconciliación**.



- **Perdón**, para no quedarse anclados e inmóviles en las ofensas del pasado.
- **Curación**, para restituir al ofendido o explotado su dignidad y la totalidad de su ser persona, en un proceso que requiere mucho tiempo y mucha paciencia.
- **Capacitación** para que cada persona pueda contribuir a establecer vínculos de filiación y a recrear la familia de Dios en torno a una misma mesa.
- **Misión** porque la dignidad recobrada de las personas se ejercita en el servicio a la humanidad y esto en sus múltiples formas.

Esta **reconciliación**, con raíces evangélicas y que afecta a toda la persona y a todas las personas, es lo que San Ignacio quiso para nosotros, y para cuantos pudieran vivir la experiencia de los Ejercicios, en su deseo de ayudarnos a ser fieles a la misión de Cristo. De ahí que en la Fórmula del Instituto de 1550 la **reconciliación** esté presente como un ministerio propio de la Compañía y que uno de los primeros compañeros, Pedro Fabro, haya sido verdadero apóstol de la reconciliación, en un momento en que las sociedades europeas vivían profundos conflictos religiosos.

II – Análisis: discernimiento

Afortunadamente, los jesuitas sentimos en todas partes la necesidad de un análisis de la sociedad que sea completo, y que sirva de base a nuestro discernimiento apostólico. Queremos saber qué elementos nuevos integran hoy el discernimiento espiritual desde una perspectiva social, política, cultural o religiosa. Nuestra aportación a la reconciliación y a la paz no quiere dejar de lado ningún aspecto que pueda contribuir a una mejor comprensión de los conflictos presentes y de los procesos sociales en los que prestamos un servicio apostólico.

Esta visión ‘integral’ requiere procurar una atención especial a las dimensiones mística, espiritual y profética de la vida. ¿Dónde está Dios sufriendo hoy en el mundo? ¿Cómo está Dios trabajando en los corazones de todas las gentes para aliviar el ingente sufrimiento de los demás? ¿A qué fuentes de Vida podemos recurrir para sanar tanta muerte y restaurar los vínculos entre tantos grupos y personas que excluyen y son excluidas violentamente?

Este discernimiento nos será también de gran ayuda a la hora de identificar y comprometer a los colaboradores más próximos, en la misión en favor de la **reconciliación y la paz**. Todos nos necesitamos y todos somos únicamente simples y humildes cooperadores en la “obra de Dios”, (Jn 6,28-29), llamados o ofrecer nuestras personas al trabajo.

III – Conversión: transformación interior

En efecto, también nosotros nos encontramos ante la necesidad de conversión. Estamos llamados a salir radicalmente de la comodidad de nuestro pequeño huerto para abrirnos y acoger la obra de Dios en favor de todos; a cambiar nuestros reducidos horizontes, limitados a los intereses de un particular grupo étnico, cultural, político, social o religioso, para preocuparnos por los planes de Dios ante la humanidad entera; a salir de las frágiles paces que construimos fruto de grandes equilibrios, al SHALOM dinámico y sin exclusiones que Dios sueña para todos sus hijos, a quienes ama por igual. Es decir, ir más allá de esas ‘pequeñas misiones temporales’ para entregarnos en cuerpo y alma a la misión de Dios.



Esta comunión, amplia y profunda, que nos pone a ambos lados de la humanidad en conflicto, es una nueva llamada para todos nosotros. Servir a la **reconciliación** requiere personas reconciliadas consigo mismas y con los demás, capaces de abandonar modos de hacer conocidos y siempre iguales, y de preguntarse con sinceridad: ¿Qué quiere Dios realmente para nuestro mundo? ¿Cuáles son las fuentes de sabiduría que la humanidad ha alimentado y cultivado durante siglos y donde Dios ha dejado su marca y su amor? ¿Qué podemos aprender de este mundo complejo y riquísimo, de sus culturas y religiones y de su anhelo incesante por un estilo de vivir humano y pacífico en beneficio de toda la humanidad? ¿Seguimos buscando, “sabiamente ignorantes,” como decía Nadal de Ignacio que “sin adelantarle el paso” confiaba en el Espíritu que le llevaba? ¿O nos creemos que ya lo sabemos todo?

¿A dónde nos lleva nuestra búsqueda y conversión? Es claro que no queremos repetir los errores o simplemente las respuestas de siglos pasados. El mundo sigue cambiando y encontrando nuevas posibilidades para todo. ¿Cómo podemos responder a los distintos tiempos con una sabiduría y con un corazón evangélico que discierne, individual y comunitariamente?

IV – Misión: nuestra aportación en favor de la reconciliación y la paz

Llegamos así al final de nuestra reflexión. La primera constatación que hacemos es que la **reconciliación** sigue siendo una urgencia actual, como ya intuyó la Congregación General 35. De cara a un mundo dividido y sufriente, en el que se multiplican las violencias y los odios, nos sentimos confirmados en la necesidad de construir puentes y de trabajar por la reconciliación a todos los niveles.

Los procesos de reconciliación son largos y requieren ser sostenidos durante años, para dar frutos reales y duraderos. Se necesita curar heridas antiguas y recientes, como en un hospital de campaña (para usar la imagen que el Papa Francisco ha querido dar a la Iglesia). Procesos que han de producir importantes cambios en los corazones y las vidas de los hombres y mujeres de hoy y mañana para que nunca más se prefiera el bien de un grupo al bien común que afecta a todos. Procesos complejos en el que los políticos, los medios de comunicación y los líderes de los sectores culturales y sociales sean capaces de generar confianza y de estimular caminos de diálogo, para encontrar soluciones pacíficas a los conflictos humanos, disipando los miedos y los anhelos de venganza.

Sabemos desde el principio que la tarea de construir y hacerse puentes en situaciones difíciles, como las que han descrito las cartas recibidas, va a suponer ser pisoteados por ambos lados de la contienda. Tal es el precio de nuestro servicio y estamos dispuestos a pagarlo. Seremos posiblemente tachados de ingenuos y de idealistas, pero mientras tanto se irá haciendo realidad la comunión deseada.

Lo que, en el fondo, todos buscamos es una **nueva creación** donde haya sitio para el perdón como camino seguro hacia la libertad y hacia la consolidación de un tiempo venidero en el que reine la justicia, la verdad y la paz.

La falta de perdón ha demostrado ya suficientemente que nos mantiene atados a heridas de antaño, que se van haciendo cada vez más grandes hasta perder toda proporción. La distracción, o quizás obsesión, del que no puede perdonar tiende a ser mucho mayor que el daño recibido y le arrastra por senderos oscuros en los que nunca encuentra descanso. El



Cardenal George de Chicago ha definido con gran acierto uno de los males del momento presente con estas palabras: Hoy día TODO está permitido, pero NADA es perdonado. Nuestra fe nos lleva a creer algo bastante distinto: TODO lo que beneficia y potencia al prójimo está permitido y TODO se puede perdonar, porque lo que realmente queremos es el futuro que Dios está creando.

Para terminar estas breves líneas permitidme indicar algunas (A) *condiciones básicas* que podrán ayudarnos a ser verdaderos servidores de la **reconciliación** y (B) algunas *sugerencias* para nuestro apostolado:

(A) *Condiciones básicas*:

- Comunión con Dios para poder tener entre nosotros sus mismos sentimientos hacia los seres humanos.
- Cercanía a la gente e inserción en su vida. Que podamos sentir, y no sólo saber, su injusticia, el prejuicio, la ofensa. En otras palabras, sin el coraje de abrazar nuestra vulnerabilidad y asumir el riesgo de ser heridos como Jesús no podremos ser agentes de reconciliación.
- Hospitalidad para las víctimas de ofensas, opresión o prejuicio. Sin nunca olvidar la hospitalidad radical del amor al enemigo que es la invitación de Jesús que nos hace perfectos en el amor, como el Padre que hace salir el sol sobre justos e injustos.
- Diálogo con todo tipo de personas, sin excepción. El diálogo de comunión es puente en las fronteras de violencia donde la Compañía nos envía y en él podemos aprender lo que nuestra vida bastante protegida no nos puede enseñar.
- Estudio transdisciplinar para mirar las cosas con hondura y con horizontes amplios, que tengan sentido de la historia y propongan una reconciliación sostenible, bien fundada y articulada integralmente.

(B) *Sugerencias* para nuestro apostolado:

- La primera sugerencia, que sin duda afecta a todos nuestros apostolados, es que antes de proponer un proceso de reconciliación a otros, miremos en torno nuestro para ver si no necesitamos nosotros mismos superar diferencias o reconstruir nuestra comunicación fraterna donde se haya dañado, bien sea en comunidades o en equipos de obras apostólicas. En otras palabras, la **reconciliación entre nosotros** es parte de la credibilidad que necesitamos para todo proyecto de reconciliación hacia fuera.
- En segundo lugar, como la experiencia nos enseña, nuestras propuestas de reconciliación serán más eficaces si van acompañadas y apoyadas por **signos adecuados**, gestos y palabras, que indiquen dónde está realmente el corazón de la Iglesia y el nuestro.
- Entrando ahora brevemente en los distintos campos de apostolado enuncio las siguientes sugerencias:



- En el trabajo **Pastoral** permanece en pie la llamada del Apóstol Pablo, antes citada, que estimula a los creyentes a participar en la misión de Cristo, que nos ha reconciliado a todos y nos invita a seguir su obra de “reconciliar los desavenidos” y de educar a la comunidad en su misión reconciliadora y en el perdón; una labor, que durará toda nuestra vida. La práctica del sacramento de la reconciliación y la propuesta de vivir en su dinámica ayudará en este sentido.
- En la **Educación** hemos de procurar:
 - Integrar la reconciliación, como tema y tarea central en la difícil construcción de la vida social.
 - Encontrar y acompañar a nuestros alumnos víctimas, al igual que también a sus victimarios, que necesitan una atención especial, como parte de nuestra tradicional *cura personalis*.
 - Desarrollar en nuestro curriculum educativo la transformación de conflictos en el aula, la reconciliación y el perdón en los ámbitos escolares, familiares y sociales en los que se mueven los estudiantes.
- En el **Trabajo Social** el desafío de la reconciliación nos sale al paso continuamente y sabemos de sobra las exigencias que esto trae a nuestro esfuerzo y creatividad. Lo importante será mantener siempre la vista alta y nunca separarnos de una visión integral de la persona y global de la sociedad. Sin olvidar que también en el sector social las espiritualidades religiosas o seculares deben cultivarse como cauces de reconciliación para sanar las experiencias de violencia y de muerte.
- Ni que decir tiene que la reconciliación ha de ser parte integrante de nuestro **trabajo académico** y de **investigación** interdisciplinar. Y para que éste sea fructífero y adecuado necesitaremos mantenernos en contacto con las personas y situaciones donde la desarmonía se convierte en separación y sufrimiento. Los centros académicos y de investigación debieran procurar articularse para desarrollar en colaboración proyectos de investigación-acción en transformación de conflictos, reconciliación, perdón y paz.
- A los **Centros e Institutos académicos de Espiritualidad** recomiendo que desarrollen una espiritualidad de la reconciliación que integre estas sugerencias a nivel personal y comunitario, corporativo e institucional.
- Finalmente, otras sugerencias habrán de ser elaboradas desde los contextos determinados de las Conferencias, Provincias y Regiones con la ayuda de comisiones de expertos y grupos de trabajo, en especial donde mayor sea la urgencia y donde más se precise de soluciones concretas que puedan ser asumidas en los respectivos Proyectos Apostólicos.

Es evidente que trabajando por la **reconciliación** no solamente participamos en la misión de Cristo, sino que ayudamos a visibilizar la **credibilidad de la Iglesia** y la novedad de su mensaje. Ahí encontramos lo más genuino de nuestro espíritu ignaciano y una de las fuentes más ciertas de nuestra “consolación espiritual”. Vivir la dimensión religiosa de los votos al servicio de comunidades reconciliadas podrá ayudar a que la Compañía sea institución



profética que denuncia las injusticias que producen violencia, que anuncia la filiación divina de todos los seres humanos y que celebra la fraternidad universal en un mundo roto.

Que María, Madre de la paz, nos ayude *para que la alegría del Evangelio llegue hasta los confines de la tierra y ninguna periferia se prive de su luz* (E. Gaudium, 288).

Con afecto en el Señor,

Adolfo Nicolás, S.I.
Superior General

Roma, 8 de septiembre de 2014
Natividad de la Virgen María

(Original: español)